

ALMIRANTE SIR JOHN WOODWARD: *Los cien días*.
Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1992.

Mucho se ha escrito —desde ambos bandos y con desigual calidad— sobre la campaña de las Falkland/Malvinas (1982), un episodio indispensable para comprender la actual configuración política del cono sur de América. Sin embargo, por razones de Estado, aún permanecen en la sombra muchos hechos y sus motivaciones. Aunque las memorias de quien fuera Comandante de la Fuerza de Tarea del Atlántico Sur no contribuyen a despejar demasiadas incógnitas, al menos permiten conocer el punto de vista de quien ocupó una posición privilegiada, de enorme responsabilidad, en unas circunstancias que ojalá nunca se repitan.

Para orientar esta reseña viene al caso un comentario de Churchill, quien afirmaba que las cosas interesan en primer lugar, según quien las dice; luego, según cómo las dice; finalmente, según qué es lo dicho... frase que tempera, bajo una sonrisa traviesa, cierta incómoda verdad. Apliquemos su "lógica".

El autorretrato de Sandy Woodward carece de resonancias épicas. Quiere mostrar que fue la suya una carrera normal. Y lo logra. "Hasta mi nombramiento como contralmirante en 1981, no fui más que otro oficial naval y, al igual que muchos otros hombres de Cornualles antes que yo, muy contento de serlo". El hecho es que este especialista en submarinos, a los 49 años alcanzó el cargo de Oficial Insignia de la Primera Flotilla —uno de los únicos tres almirantes embarcados de la Royal Navy—, y condujo victoriosamente la mayor operación militar emprendida por su nación en las últimas cuatro décadas.

Su relato es el de un profesional de la guerra en el mar. Con modestia atribuye que éxitos a la buena suerte, a la cual suma el haber tenido ocasión de trabajar bajo las órdenes de una serie de oficiales notables, todos los cuales demostraron su capacidad en el servicio de las más altas funciones de mando. Pero no deja de advertir, con secreto orgullo, que la órbita de su buena estrella está determinada por las tradiciones, el adiestramiento, la técnica y los principios de liderazgo que han sido enseñados y refinados por la marina inglesa durante siglos. Así, "la política general de tener un conjunto de oficiales superiores bien entrenados, cualquiera de los cuales pueda asumir el mando de un grupo naval de tareas británico con muy poco tiempo de preaviso, ha sido una de las características del Almirantazgo desde los tiempos de Drake".

El estilo —segundo de los elementos que Churchill consideraba dignos de ser tenidos en cuenta— obedece al propósito de "escribir este libro como

si estuviera contando la historia de mi vida a un amigo íntimo". Para provecho de los lectores, el seco lenguaje militar se hace coloquial, y a veces incluso es dramatizado, gracias a la colaboración del periodista Patrick Robinson. Probablemente sea frecuente la participación de otras manos en la redacción de las propias memorias, pero reconocerlo habla bien de la franqueza y sencillez de un hombre de acción.

Por último, ¿qué dice el almirante Woodward? Apelando reiteradamente a una convicción ética, sostiene que el Reino Unido debió reaccionar vigorosamente para reconducir la situación hacia la normalidad diplomática, económica y militar en el Atlántico Sur, esto es, para recrear las condiciones que hacen posible las relaciones entre Estados soberanos, y de este modo evitar que la agresión sufrida en las Falkland pudiera ser repetida en el futuro.

Junto a lo anterior, plantea una curiosa paradoja. La actitud política que su gobierno asumió era sencilla en su formulación: luchar. Pero, sin duda, tal decisión daba nacimiento a un conjunto de problemas estratégicos de muy compleja solución. En cierto modo, la apreciación argentina que llevó a tomar las islas por la fuerza se fundamentó, precisamente, en creerlos insolubles.

Para el cientista político, el principal interés de este libro radica en que le permite asistir a un conflicto donde concurrieron con nitidez casi académica los factores que configuran la relación político-estratégica. Aunque el autor defiende con mayor rigor analítico las decisiones adoptadas por la fuerza inglesa —y ello es inevitable— hay también muy lúcidas observaciones sobre las posibilidades de la fuerza adversaria.

A modo de lección, convendría retener los párrafos dedicados a la necesidad política de enlazar una fuerza profesional capaz de batirse en cualquier circunstancia, con el respeto y la confianza de sus mandos en el patriotismo de los grupos políticos dirigentes. Quizá la comprensión de los alcances de esta empresa, aun por hacer entre nosotros, baste para justificar el tiempo dedicado a la lectura de estos recuerdos militares. Después de todo, tras lo ocurrido en aquellos cien días, es innegable la existencia de las "guerras imposibles".

FRANCISCO BALART PÁEZ*

* Abogado. Doctor en Derecho, Universidad de Navarra. Rector de la Universidad Real. Investigador y docente de este Instituto.